

Revista de la
Facultad de Medicina
Veterinaria y de Zootecnia

Año XXI - Julio - Agosto - Septiembre de 1953 - No. 108

Director:

Dr. Rafael González Quintana

Decano de la Facultad

Jefe de Redacción:

Dr. Augusto R. Segura

Secretario de la Facultad

Administrador:

Sr. Juan N. Baquero

Dirección telegráfica:

«Veterinaria»

Apartado Nacional 3161

Bogotá, Colombia, S. A.

UN SABIO COLOMBIANO

Antes de señalar el nombre de quien motiva el título de estas líneas, se nos ocurre pensar que la humanidad sin otra fuerza impositiva más que su necesidad innata, en el decurso de los siglos ha venido corroborando por medio de sus más preclaros exponentes los postulados bíblicos; es suficiente observar algunos de los últimos inventos o descubrimientos para asombrarnos y concluir que en realidad, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Pero así como fue hecho a tan elevada perfección, igualmente fue condenado a perecer, axioma que diariamente se cumple porque toda vida que surge sobre la tierra trae consigo su gene letal, carácter que se manifiesta cuando sólo Dios sabe pero que el hombre debe y podrá retardar por algún tiempo, sin que logre jamás derrumbar el axioma antedicho, en su busca de inmortalidad en la tierra a que nos impele el instinto de conservación.

Limitándonos al campo biológico, es verdaderamente pasmoso el progreso humano; ya es de común conocimiento el logro de una mayor longevidad; los principales enemigos vitales han sido casi domados y las ciencias profilácticas día por día consolidan la sociedad, tanto humana como animal. Por lo cual, nos atrevemos a considerar ingrato e injusto el que nos bene-

ficiemos de tales bienes dejando pasar inadvertidos los nombres de sus dadores ilustres.

Por eso hoy engalanamos las páginas de nuestra Revista con el más epónimo de nuestros colegas ya por desdicha desaparecido para la ciencia, pero siempre redivivo en la memoria de sus seguidores y amigos y a quien no dudamos en presentar como paradigma ante las nuevas generaciones de veterinarios de nuestro país, lo que hacemos con la más honda complacencia porque al venerar el recuerdo de los grandes benefactores de la humanidad nos honramos nosotros mismos. Su nombre, oculto dentro de sus propios méritos es JORGE LLERAS PARRA, quizás desconocido aún por muchos de nuestros noveles colegas.

Nació en Bogotá el 22 de diciembre de 1874; fueron sus padres Martín Lleras Triana (hijo de don Lorenzo María Lleras) y Dolores Parra Torres. Empezó su bachillerato en el Colegio del doctor Manuel Antonio Rueda Jara y lo terminó en el Colegio del Rosario. Desde la edad de 12 años quedó huérfano de padre y tuvo que trabajar a tiempo que estudiaba para ayudar al sostenimiento de su madre y hermanos; fueron éstos: Elena, José, Ana, Laura y Martín.

Ingresó a la Escuela de Veterinaria anexa a la Facultad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, siendo Director de dicha Escuela el Profesor Claudio Vericel. Terminó su carrera, presentando un examen general de grado el 3 de diciembre de 1896 e inmediatamente comenzó a trabajar como ayudante de la Sección de Veterinaria del Instituto Carrasquilla. El 1º de diciembre de 1897 se organizó el Parque de Vacunación y él fue nom-

brado para dirigirlo, cargo que desempeñó hasta su muerte, el 8 de agosto de 1945, es decir consagró su vida entera a una de las ramas más importantes de la salubridad pública. En enero de 1902 se casó con la señorita Sara Lleras Franco y de este matrimonio hubo cinco hijos.

Conviene insertar a continuación para juzgar del estado sanitario de ese entonces, algunos datos tomados del número 7 de la «Revista de Higiene», sobre la viruela en Colombia. En el año de 1566 tuvo lugar en Santa Fé la primera epidemia de viruela, haciendo estragos entre la raza indígena; en el año de 1587 mató el 90% de la población; al principio del siglo XVIII hizo 7.000 víctimas; en 1801 el Virrey Mendinueta se esforzó por conseguir virus vacuno ya conocido en Europa y ofreció un premio a quien lo encontrara en los hatos de la Sabana, por haber hallado inerte el virus foráneo; en 1815 la epidemia fue traída por los soldados españoles que habían sitiado a Cartagena, obligando a las autoridades a fundar hospitales; en 1857 el azote diezmo a la clase obrera indigente, y quedó el virus latente después de su aparición en 1881.

Hasta entonces connotados galenos se esforzaban por producir vacuna para combatir el mal, pero la falta de Laboratorios apropiados, de vías de comunicación y otras múltiples causas hacían que los virus adquiridos en el extranjero quedasen inertes en poco tiempo.

Posteriormente, según la reseña histórica del doctor LLERAS PARRA sobre el Parque de Vacunación, «el día 1º de diciembre de mil ochocientos noventa y siete se organizó el Parque de Vacunación, conforme al Decreto de fe-



Doctor Jorge Lleras Parra

cha 28 de mayo del mismo año, de acuerdo con la Junta Central de Higiene y bajo el control de la misma entidad, formada entonces por los doctores Pablo García Medina, Carlos Michelsen y Proto Gómez y dirigida por el suscrito Médico Veterinario, de la Universidad Nacional. Como la medida era de urgencia, por haber tomado caracteres alarmantes la epidemia de viruela existente, y como no había local apropiado para el efecto que se pudiera adaptar inmediatamente, la Junta solicitó del Profesor Claudio Vericel permiso para principiar trabajos en su establecimiento, y al efecto nos facilitó dos puestos de pesebrera y una pieza para Laboratorio. Allí, sin elementos de ninguna clase, inventando y construyendo instrumentos y aparatos, utilizando herramientas viejas y cuantos objetos nos pudieran prestar algún servicio, principió el parque a funcionar, y el día 10 del mismo mes se hizo la primera remesa de vacuna...» Más adelante agrega: «...con la construcción apenas principiada, se siguió trabajando sin interrupción, produciendo vacuna en cantidad suficiente, cuando vino la guerra. La epidemia de viruela se desató con violencia en todo el territorio; se solicitaba vacuna en cantidades fantásticas; no se pagaban sueldos ni gastos de material y se luchó con toda clase de vicisitudes y contrariedades, pero la producción de vacuna no se suspendió, ni aún por el hecho de haber sido ocupada la casa y sus dependencias por tropas llegadas del Norte».

Al referirse a las semillas de que se sirvió, aclara: «antes de tratar este punto, un poco distanciado de descripciones torpes de operaciones y manio-

bras triviales, quiero hacer la siguiente terminante declaración. Expreso con sencillez mis ideas, sin sentar doctrinas y sin ánimo de criticar teorías ajenas; tales ideas serán seguramente erradas, pero los hechos tangibles, los resultados que están a la vista y que pueden comprobarse en cualquier momento, me alientan para creer que no esté del todo equivocado en mis experiencias y deducciones».

«Se ha tenido la creencia, desde Jenner hasta nuestros días, de que la vacuna (Cow-pox) es una enfermedad originaria de la vaca y únicamente de la vaca de hato, de la que está en ordeño. La vacuna es, a mi modo de ver, enfermedad originaria del caballo (horse-pox), transmitida por contacto directo a la vaca de ordeño...»

En cuanto al procedimiento empleado para reactivar el virus nos dice: «El intercambio de cepas, usado en casi todos los centros de producción, no tiene razón de reactivar el virus; tal vez lo único que se obtiene con este sistema, es cambiar la flora microbiana de las costras, que no es de lo que se trata...»

«En conclusión, los pases de virus por équidos constituyen la única forma de reactivación que da resultado...»

«El resultado obtenido con los procedimientos empleados por mí en el Parque, se manifiesta bien en un hecho que quiero hacer constar y que justifica mi consagración a este trabajo, así como los gastos que el Estado haya hecho en el Parque de vacunación: la cepa que hoy se emplea es la misma con que principié la producción de vacuna hace cuarenta y siete años, cepa que he conseguido soste-

ner activa y sin infección alguna durante todo este largo período de tiempo».

Después de transcrito lo anterior, redundaría la glosa; es suficiente decir: ahí está el sabio; pero para ver más, si cabe, el valor profesional de JORGE LLERAS PARRA, observémosle por el contraste entre la época en que le tocó actuar, en un país de desarrollo incipiente, convulsionado, sin recursos económicos, flagelado de continuo por graves epidemias de viruela y su genial visión investigadora, su generosidad y su constancia para salir adelante en la empresa de proteger al pueblo de Colombia contra la permanente acechancia del virus, logrando con su labor silenciosa una trascendencia ecuménica.

Pero no solamente bajo ese aspecto dejó huella imborrable el doctor LLERAS PARRA; de su exquisita personalidad fluía un hálito de mansedumbre y de bondad que subyugaba; todo hombre era su prójimo en la verdadera acepción de este vocablo y en los males del alma su noble espíritu sabía inyectar, por decirlo así, el suero

polivalente de la moral cristiana; sin vacilaciones ni desmayos discurrió por la vida en busca de su ideal hasta la hora de devolver su alma a Quien se la diera hecha a su imagen y semejanza.

Por fortuna el doctor Ernesto Wills, colega igualmente conspicuo y benemérito, ha sido el continuador de su obra logrando tesoneramente mantenerla y acrecerla para bien de nuestra Patria; y lo decimos con la sencillez del verdadero aprecio, pues él bien sabe que, «la Gloria es el sol de los muertos», a lo que nos permitimos agregar: y la lisonja (que en nosotros no cabe) es la luna de los vivos porque alumbra sin calentar.

Y para dar término a este modesto recordatorio de la vida y obra de JORGE LLERAS PARRA, agregamos que ahora sí, sus morosos colegas, podremos sentir la tranquilidad del deber cumplido y que su nombre quede como incentivo en nuestra memoria, y se recuerde siempre con veneración y alegría en los días faustos de nuestra Facultad.

E. L. P.